Qué falla en la **izquierda**

El nuevo orden geopolítico mundial en proceso, el rearmamento de Europa frente a un pacifismo en recesión, las migraciones, la crisis de la globalización del capital, la creciente desigualdad, el resurgimiento de los nacionalismos, el empobrecimiento de las clases obrera y media, la debilidad sindical, el individualismo rampante, la democracia en peligro, la pérdida de bienestar que da paso al autoritarismo y a los populismos… ¿Está la izquierda, o las izquierdas, respondiendo bien ante este panorama tan poco estimulante? Más bien nos parece desorientada y nos preguntamos ¿qué falla en o en qué falla la izquierda? Responden Lluís Foix, Ignacio Sánchez Cuenca, Antoni Gutiérrez-Rubí, Pablo Simón y Fernando Rey.

Lejos de las preocupaciones de los ciudadanos

Por Lluís Foix
PERIODISTA

En tiempos de cambios acelerados y con una socialización del conocimiento producida por la revolución de Internet se conmueven también certezas que parecían inmutables. La política se ha alejado de las preocupaciones cotidianas de los ciudadanos. Los partidos y las instituciones no han sabido leer los signos de las nuevas realidades en las que el autoritarismo penetra sin complejos en las democracias liberales.

La centralidad que ocupaban los partidos socialdemócratas y democratacristianos en las democracias europeas ha perdido votos que se han desviado hacia la izquierda radical y la derecha extrema. Los discursos que prevalecen se nutren del pensamiento rápido, son simples y frágiles, sin matices y sin claroscuros, estimulando un populismo que no acepta al discrepante ni al diferente. La política se ha instalado en la confrontación.

La izquierda no ha encontrado una respuesta a los fenómenos tan complejos como el nuevo orden geopolítico, las corrientes migratorias globales, el aumento de la desigualdad en sociedades con minorías más enriquecidas y con mayorías más pobres. La izquierda ha

El huracán Trump puede propiciar la recuperación de los valores de la izquierda

producido ideas a lo largo del siglo XX que han transformado naciones enteras mejorando la vida de millones de personas. Pero tras la revolución conservadora de Thatcher y Reagan al principio de los ochenta, el discurso de la izquierda no supo reaccionar para construir una alternativa popular al ultraliberalismo económico que descansaba sobre el individuo y querría arrinconar al Estado. La crisis de 2008 fue un punto de inflexión y una cierta recuperación de los discursos de la izquierda.

Elección tras elección la izquierda ortodoxa pierde representación parlamentaria en Europa. Hay un trasiego de votos hacia los extremos. Se detecta un desfase entre los discursos oficiales y las preocupaciones de las clases más precarias y más dependientes de las ayudas públicas que son insuficientes para mantener una cierta igualdad social.

Al término de la II Guerra Mundial, la izquierda laborista en el Reino Unido alcanzó el poder con una mayoría absoluta. Construyó un discurso ilusionante, transformador y social en un país devastado por los efectos de la guerra. Fue aquel gobierno presidido por Clement Attlee el que puso los cimientos de lo que acabaría siendo uno de los logros más importantes de los últimos ochenta años. El canciller Helmut Schmidt decía que el estado social del bienestar es la aportación más importante que ha hecho Europa al mundo en el siglo XX.

La revolución tecnológica ha cogido con el paso cambiado a todo el mundo. Y también a los sindicatos de clase, a los partidos de izquierda y al progresismo de ingeniería social diseñado por minorías educadas, académicas y elitistas. Los populismos como el que lidera Donald Trump ofrecen identidades simples, enemigos claros y promesas emocionales. No tienen en cuenta al otro y al diferente, sino que basan su discurso en un individualismo extremo que es alimentado por las redes sociales y las nuevas tecnologías. Fomentan el odio al discrepante. La izquierda pretende cambiar la sociedad desde arriba sin bajar a la arena de las preocupaciones personales con discursos tecnocráticos, moralistas y paternalistas.

Los populismos estimulan a los nacionalismos y al autoritarismo. La globalización ha provocado un sentimiento

de identidad y de pertenencia, de orden y seguridad, de sentimientos populares ancestrales que la izquierda ha tratado desde una superioridad moral que ha ahuyentado a muchos de sus votantes.

La crisis que representa el huracán Trump en la política nacional y global podría provocar una recuperación de los valores de una izquierda moderna basados en una educación de calidad para todos, una sanidad gratuita y una reducción de la brecha entre muy ricos y muy pobres. El respeto y la dignidad de todas las personas no solo se consigue con discursos sino con hechos y con conductas transparentes de los dirigentes de una izquierda que ahora está instalada en una retórica defensiva. •

Es la crisis de la política

Por Ignacio Sánchez Cuenca
CATEDRÁTICO DE CIENCIA POLÍTICA EN LA UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID

La izquierda se encuentra en fase recesiva. Sus dos familias principales, la socialdemócrata y la que llamaré alternativa, pierden apoyos en los países avanzados. La socialdemocracia no deja de retroceder. En las últimas elecciones alemanas, el histórico SPD no pasó del 15 % de los votos. Las izquierdas alternativas parecieron tener un momento de esperanza tras la crisis de 2008, pero se han ido desinflando en todas partes (menos en Francia). En cambio, las derechas en general y, sobre todo, las derechas radicales, están al alza.

En un artículo reciente ("Regime Change in the West", *London Review of Books*, 3 de abril de 2025), el gran autor marxista Perry Anderson, de 86 años de edad, argumentaba que el capitalismo contemporáneo se basa en tres elementos: la desigualdad, la tendencia oligárquica y la movilidad de los factores de producción. Todos ellos son los causantes del gran malestar social que se observa en muchos países. Desde su punto de vista, las izquierdas y derechas radicales critican los dos primeros elementos (desigualdad y oligarquía), pero sólo las derechas impugnan el tercero, la movilidad, apostando por la xenofobia y el cierre de las fronteras. Eso, según Anderson, le da a las derechas una gran ventaja frente a las izquierdas alternativas.

Es una idea interesante, pero no creo que refleje bien lo que está sucediendo. Por un lado, no es evidente que las derechas radicales encarnen la lucha contra la oligarquía o la desigualdad. Basta observar lo que ha hecho Donald Trump en sus tres primeros meses de mandato. Las tendencias oligárquicas son innegables, de la misma manera que es innegable que Milei en Argentina está aumentando la desigualdad. Las derechas y las izquierdas radicales se oponen al *establishment*, pero es dudoso que la crítica del *establishment* suponga una defensa de la igualdad o el rechazo de nuevas oligarquías en el caso de las derechas.

¿Por qué entonces cala mejor en parte de la ciudadanía el mensaje de las derechas radicales que el de las izquierdas? Aunque no es fácil responder a esta pregunta, me gustaría señalar que las izquierdas, ya sean socialdemócratas o alternativas, constituyen un conjunto de ideas sobre cómo transformar la sociedad políticamente. Las derechas, por el contrario, buscan dinamitar la política, es decir, lograr que el capitalismo (ya sea nacional o internacional) se imponga sobre la voluntad ciudadana. Esta asimetría es esencial. Estando la política cuestionada en todas partes, especialmente su dimensión representativa, las izquierdas se encuentran gripadas, se quedan sin su principal instrumento de cambio social. Mucha gente ha dejado de creer en partidos e instituciones y se siente ajena a la política. Son ellos los más vulnerables a los mensajes anti-políticos de las derechas radicales.

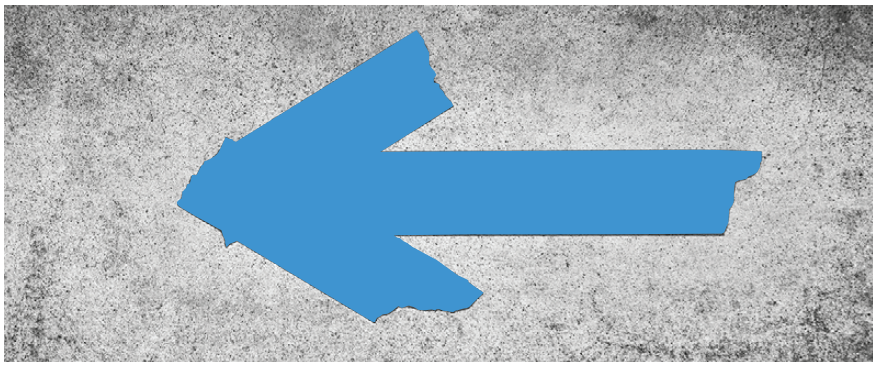
En resumen, los ideales de la izquierda, por muy atractivos que puedan resultar, tienen poco recorrido si una parte importante de la sociedad reniega de la política, que ve asociada al ruido, el egoísmo y la corrupción. Las izquierdas sólo recuperarán fuerza si logran persuadir a la ciudadanía de que la política sirve para cambiar el mundo. •

La batalla del relato y otros cuatro desafíos

Por Antoni Gutiérrez-Rubí
ASESOR DE COMUNICACIÓN

El relato. Las izquierdas —en plural, siempre— no están comprendiendo el desafío de las guerras culturales, de las batallas por el relato. Ancladas y refugiadas (todavía) en una superioridad moral estéril, no son capaces de encontrar una nueva arquitectura narrativa para interpretar el mundo, presentar nuevas relaciones causales y proponer horizontes superadores. No es suficiente con juzgar el mundo, hay que describirlo, iluminarlo y construir un relato inspirador, movilizador y que ofrezca certezas. No basta con relatos morales, necesitamos recuperar el valor de las palabras para que sean semillas inspiradoras. Menos ideología y más poesía.

El tiempo. Las izquierdas han perdido, también, el control del tiempo. Todas las reformas necesitan tiempo: para pensarlas, elaborarlas, pactarlas, aprobarlas. Ejecutarlas y evaluarlas. El interés general, el bien común necesita tiempo. Y resulta incompatible con la aceleración de nuestro entorno. Cuando las izquierdas no pueden



dar sentido al tiempo, las urgencias son aprovechadas por los tahúres de la política ofreciendo atajos autoritarios e iliberales. Sin tiempo, no hay paciencia y confianza democráticas. Y sin ellas, no hay opciones para las izquierdas.

La escala. Daron Acemoglu, Nobel de Economía, afirma: "Nunca hemos tenido empresas tan poderosas como las grandes tecnológicas". Y nunca como hasta ahora la escala de intervención de la política es tan desigual, débil e insuficiente frente a los desafíos de todo tipo: desde los ambientales a los tecnológicos y la desbordante IA. La capacidad regulatoria de la política es casi ridícula. Su fuerza coercitiva para amparar legislaciones y derechos es cada vez más inocua. Hay un problema de escalas: cuestiones globales y empresas transnacionales, frente a estados pequeños y gobiernos débiles. Las izquierdas no tienen instrumentos para ordenar el caos generalizado. Sin un renovado poder político global y regional, no hay espacio para las políticas progresistas.

El vínculo social. En una entrevista reciente para la revista *Ethic*, con motivo de la publicación de su ensayo *Europa encadenada*, Sami Naïr advierte que "la lógica imperante es la privatización del vínculo social". Una afirmación contundente que evidencia cómo la creciente mercantilización de los servicios públicos —sanidad, educación, residencias, universidades— erosiona la cohesión social y debilita el sentido de comunidad. Esta deriva, impulsada por las políticas neoliberales que han marcado el rumbo de la Unión Europea desde Maastricht, prioriza la estabilidad macroeconómica por encima del bienestar ciudadano. Como resultado, Europa se aleja cada vez más de su promesa de un modelo social integrador y equitativo y se aproxima a una lógica de acceso desigual a bienes esenciales, donde los derechos se transforman en privilegios.

El deseo. El deseo necesita instituciones que lo acojan y lo transformen en algo socialmente valioso. No bastan ya las consignas ni los marcos ideológicos tradicionales. Como advierte el intelectual Evgeny Morozov, "la figura del emprendedor resuena profundamente con la naturaleza del individuo posmoderno", porque representa a alguien "inventivo, innovador, que da forma tangible a sus deseos y aspiraciones". El reto para las izquierdas, entonces, no es solo político, sino también cultural e institucional: crear estructuras sostenibles a gran escala que permitan intervenir sobre nuestros deseos y anhelos más profundos. Recuperar el deseo, desde esta perspectiva, implica también recuperar la capacidad de imaginar el futuro, y de hacerlo deseable. Es decir: esperanza. •

Realismo perdedor o idealismo falso

Por Fernando Rey

CATEDRÁTICO DE DERECHO CONSTITUCIONAL DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Cuando el pensamiento contemporáneo de izquierda debuta con fuerza en el siglo XIX, lo hace con una nueva forma de observar los fenómenos sociales muy apegada a la realidad de su momento. Marx desmantela sin piedad y con datos el gran edificio formal e intelectualmente sofisticado del Estado decimonónico: es el niño que, como en el cuento, avisa a todos que el rey desfila desnudo porque llama la atención sobre cómo las relaciones económicas tan desiguales configuran un modelo de sociedad de élites depredadoras, modelo que, cínicamente, es legitimado política y religiosamente después como "natural" o incluso como el querido por Dios. Marx, no lo olvidemos, es uno de los fundadores de la ciencia económica y aunque sus recetas para superar el modelo capitalista se han revelado incorrectas e imposibles y su énfasis en la economía excesivo, su descripción de la realidad del tiempo en el que vivió sigue siendo válida e incluso inspiradora como método actual de análisis. ¡No se entiende nada sin la mirada a la economía! La izquierda tuvo éxito por su realismo en la descripción de los problemas de su tiempo y por el idealismo en la propuesta de reformas. En realidad, Marx vive de alguna manera en el modelo de Estado social de las democracias contemporáneas. Ha sobrevivido más en Londres, Berlín, París o Madrid que en Moscú o en Pekín. ¡No se entiende el Estado social sin la izquierda!

Pero, ¿y la izquierda actual? Entiendo por izquierda la preocupación (expresada de diversas maneras) por la igualdad real de todos los ciudadanos. Pues bien, el problema radical, a mi juicio, de los partidos de izquierda actuales es que una parte de ellos se niega a aceptar la realidad económica, política y social tal y como es, y opta por vivir en un mundo naif "extendiendo derechos", y otra parte de ellos, más acostumbrada a gobernar, que asume una realidad plagada de verdades molestas, está condenada a perder apoyo electoral. El populismo, como cáncer de las democracias, que tiene sus versiones de derechas (nacionalistas, racistas y xenófobas) y de izquierdas (demagógicas) ha venido a dulcificar esa tremenda disyuntiva entre reconocer la áspera realidad y perder votos o vivir deliberadamente en el limbo acumulando deuda y déficit y, en general, contradicciones irresolubles. Porque la realidad es dura: somos deudores y todo el sistema económico depende de dar patadas hacia delante; formamos parte de un mundo en el que siguen vigentes los repartos imperiales (casi siempre a partir de las fuentes de energía: ahora las "tierras raras" son el concepto clave); o nos rearmamos o desaparecemos (quizá incluso físicamente); las desigualdades en el mundo siguen siendo tan obscenas que las migraciones son un problema tan grave que no tiene solución, sino que sólo se puede parchear; el populismo erosiona sin piedad la democracia en todo el mundo, también aquí; en situaciones de crisis mucha gente se vuelve más insolidaria. Vivimos un momento hobbesiano.

La derecha lo vive mejor porque le basta con prometer gestionar mejor la realidad. Pero no necesita genéticamente, a diferencia de la izquierda, construir relatos alternativos de justicia social. La izquierda sí y por eso, ante una realidad tan dura y tozuda, se debate entre ser irrelevante o ser increíble. •

Incapacidad del Estado para redistribuir

Por Pablo Simón
POLITÓLOGO

Saber qué le pasa a la izquierda es una pregunta apasionante y compleja, en la que intervienen múltiples factores. Si tuviera que destacar alguno de esta coctelera, apostaría por dos.

Por un lado, la sociedad se ha terciarizado, cambiando su electorado. Hoy, su principal bastión no son las clases obreras clásicas, sino los trabajadores socioculturales y educados. Esto hace que articular su acción sea más complejo. Por otro lado, la creciente desintermediación de la política ha debilitado tanto a sus organizaciones hermanas, como los sindicatos, como a los propios partidos, reduciendo su capacidad de articular intereses y movilizarse.

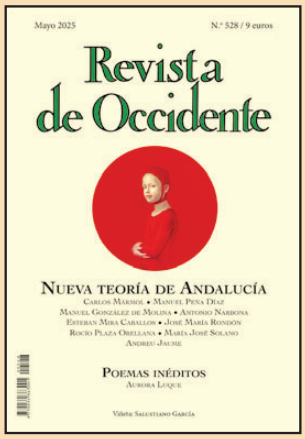
Aunque algunos piensan que es posible meter al genio de nuevo en la lámpara, no parece factible. La incorporación de nuevas demandas (feminismo o ecologismo) al núcleo de la agenda de la izquierda responde a que la sociedad también ha cambiado. Creer que dejar de lado estas reivindicaciones para centrarse en la "identidad obrera" será una estrategia efectiva ha demostrado sus límites, por ejemplo, en las elecciones federales alemanas. Hoy, redistribución y reconocimiento van de la mano. De hecho, esta suele ser una fórmula exitosa en las urnas. Sin embargo, la izquierda ha descuidado otros frentes que, en mi opinión, son más relevantes.

El primero es la incapacidad del Estado para redistribuir. Es cierto que las desigualdades se han vuelto más complejas, pero los viejos modelos de administración estatal están obsoletos. La prioridad de la izquierda debería ser dotarse de un estado eficaz, flexible y escalable. En este sentido, la Unión Europea es clave: solo con una masa crítica suficiente se puede intervenir frente al poder financiero global. Una vez logrado este primer objetivo, se podría aspirar a un segundo: generar crecimiento más allá de la tradicional mejora del capital humano. El Estado debe contar con capacidades industriales estratégicas. Pero sin el primer paso, el segundo es imposible: sin un Estado eficiente, el "Estado emprendedor" se convierte en un Estado clientelar. Crecimiento, redistribución y eficiencia deberían tener la misma importancia.

Esto permitiría abordar el creciente desacople entre renta y riqueza en Occidente, un problema estrechamente vinculado a la vivienda. La incapacidad del Estado de Bienestar para llegar a los sectores más vulnerables es parte del desencanto de sus bases electorales. Por ello, intervenir en "mercados rotos" no solo contribuiría a liberar fuerzas productivas —generando economías menos dependientes del rentismo—, sino que también permitiría una mejor redistribución. Sin embargo, esto exige que la izquierda enfrente un último desafío: la cuestión migratoria. Identidad y comunidad son aspectos fundamentales. La patria no son los impuestos; es el amor (o el temor) a la primera lo que me hace contribuir a los segundos. Por tanto, definir una comunidad abierta, inclusiva y alineada con una Europa democrática y social es clave.

Si se quiere gobernar hay que dejar atrás la melancolía y recuperar la centralidad de la política

Honestamente, creo que el paciente corre el riesgo de morir por sobrediagnóstico. Si este espacio aspira a recuperar terreno electoral y gobernar, es hora de dejar atrás la melancolía y entender que su éxito pasa por recuperar la centralidad de la política misma. •



Leer, pensar, saber

Revista mensual fundada en 1923
por José Ortega y Gasset

paul bowles • joseph brodsky • roger caillois • óscar calavia • raymond carr • georges duby • umberto eco • john h. elliott • paolo fabbri • lászló földényi • marc fumaroli • antonio garcía berrio • javier gomá lanzón • e.h. gombrich • a.j. greimas • jürgen habermas • carmen iglesias • ramin jahanbegloo • danilo ki • mark lilla • yuri m. lotman • jean-françois lyotard • michel maffesoli • naguib mahfuz • josé-carlos mainer • edward malefakis • giacomo marramao • blas matamoro • césar antonio molina • víctor morales lezcano • javier muguerza • mario perniola • paul ricoeur • richard rorty • francisco j. rubia • gary snyder • susan sontag • jean starobinski • george steiner • gianni vattimo • ron winkler

Suscripciones: revistaoccidente.suscripciones@emdspain.es
Quiosco: www.ortegaygasset.edu
Distribuidora: SGEL